



MENSAJE DE JOSÉ LUIS LEAL SANABRIA EN LA CEREMONIA SOLEMNE EN QUE LA UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA LE ENTREGA EL NOMBRAMIENTO DE MAESTRO EMÉRITO.

Paraninfo Enrique Díaz de León
Guadalajara, Jalisco a 3 de diciembre de 2014

Con su venia Señor Rector General de la Universidad de Guadalajara.

Distinguidos integrantes del presídium.

Señoras y señores:

Las mayores satisfacciones que he tenido en mi vida, las he recibido con mi labor cotidiana en las aulas de la Universidad de Guadalajara.

Mi trayectoria universitaria, larga en el tiempo y pródiga en enseñanzas, me ha dejado una huella profunda, moldeado el carácter y afinado el temperamento.

En el momento ya lejano en que ingresé a mi querida UdeG, aprendí y asimilé el compromiso social que en el aula nos transmitían nuestros maestros y, en no pocas ocasiones, nuestros propios compañeros, perfilados con el mismo sello idealista que nos distinguía a todos.

Esa influencia arraiga en el espíritu del universitario y lo impulsa a vivir en la realidad lo que aprendió en el aula. Se va configurando un ánimo que permanece a lo largo de toda la vida.



Con ese mismo aliento, nos lanzamos a participar en el ámbito de la práctica profesional, en el campo de acción propio, con la generosa intención de que esos ideales tuvieran presencia en todos los rincones, en todos los caminos.

En mi caso concreto, Latinoamérica era mi espacio juvenil de participación. Tuve la fortuna de vivir una época de efervescencia ideológica que nos envolvió a los jóvenes del continente, especialmente por la influencia de **Fidel Castro**, del **Che Guevara** y demás héroes de la emancipación popular de las naciones del continente.

Los años ¡qué duda cabe! nos van trazando otros senderos sin que en ellos se abandonen los ideales. Tengo por cierto que nunca he egresado de las aulas de la Universidad de Guadalajara. Siempre estoy aquí, aprendiendo, no importa donde me encuentre o a qué actividad me dedique.

Con el pensamiento y la acción, mi *Alma Mater* forjó mi identidad, labró los principios éticos y estéticos que me rigen y marcó los cauces por los cuales conduje mi plan de vida, y en ellos sembré mi proyecto ideológico.

Ideología que define y especifica los valores culturales que es menester practicar, compartir, impulsar y respetar, cuando se busca la convivencia social armónica: libertad para ser; igualdad para proceder; generosidad para servir; justicia con tolerancia; solidaridad sin distinciones.

Más allá de las reflexiones anteriores y de otras que pueda hacer respecto a mi proceso formativo en la Universidad de Guadalajara, aprendí que nada de ello tiene legitimidad si no se convierte en acciones que influyan en el escenario social y lo mejoren.



La Universidad puso ante nosotros un espacio amplio más no ambiguo ni lejano, sino ubicado al interior del contorno cotidiano: la familia, los amigos, la ciudad, el país son algunos de los elementos encerrados en ese perímetro. Intramuros universitarios aprendí a servir, con el sentido profundo que encierra esta palabra, sobre estos valores he arraigado mi credo personal.

Permítanme compartirles algunas reflexiones sobre el tema educativo, una de mis grandes pasiones, siempre presente en mis actividades tanto de docencia como en la función pública.

Esta doble circunstancia, la de universitario y la de funcionario, me ha permitido construir diversos y valiosos enfoques sobre los propósitos, alcances, logros y posibilidades de la educación mexicana y específicamente de la jalisciense.

Siempre he tenido la convicción de que la educación es el punto de arranque y la meta final de nuestra praxis social con aliento universitario.

La educación tiene un papel primordial en cualquier esfuerzo colectivo que se emprenda hacia el logro de una mejor calidad de vida, superando la ignorancia, la explotación y la exclusión. “La condición humana –dice **Edgar Morin**–, debería ser objeto esencial de cualquier educación”.

Si no hay educación de calidad que permita a las personas tener ideas claras y descreer los asuntos dogmáticos que les impiden analizarlos razonablemente, entonces no se tienen ciudadanos, sino personas manipulables, condenadas a una eterna minoría de edad, expulsados de toda actividad social.



La globalización ha establecido e impuesto su propia escala de valores y en ella el capital y la máquina están antes que el individuo, es decir, antes que la cultura, antes que la educación, antes que el bienestar, antes que la misma participación comunitaria del hombre.

Si nos proponemos satisfacer este esquema, el aula deja de ser laboratorio para devenir taller, el proceso enseñanza–aprendizaje se convierte en simple adiestramiento y la filosofía de la educación se reduce a un determinismo inaceptable. No queda lugar para el pensamiento crítico e innovador, motor del progreso civilizatorio.

La misión de la universidad no es formar hombres diestros pero incultos; tampoco forjar herramientas eficientes pero desprovistas de valores intrínsecos; y ni siquiera ciudadanos del mundo, carentes de responsabilidad comunitaria y de solidaridad humana.

La Universidad no vive para el presente. Su horizonte es amplio, de manera que imponerle la pretensión de educar para cumplir demandas de orden empresarial, es pretender que forme para el ahora y que capacite para satisfacer necesidades del momento, muchas veces efímeras y contingentes. Todas en escenarios proyectados a cinco o diez años, quizá largo plazo para una entidad económica privada, pero muy breve para una institución de educación superior.

Así, resulta legítimo preguntarnos hasta qué punto la educación es, al mismo tiempo, elemento conformador de procesos productivos y conducto viable para redimir al ciudadano, o siquiera para paliar su miseria.



La educación superior contribuye a la formación de los técnicos y de los profesionistas que el país requiere para el mercado competitivo en el que participamos. Sin embargo, veo la deshumanización del estudiante en función de la prioridad a su futuro inmediato, a su bienestar económico en detrimento de sus compromisos sociales de lucha contra la marginación, la pobreza y la desigualdad.

De manera que tenemos que encontrar un mecanismo, una salida, una guía que nos permita aglutinar ese sentimiento solidario que nos infunde la Universidad y que ha de impulsarnos a hacer más y mejores cosas por los menos protegidos. En suma: a devolverle a la sociedad lo mucho que nos ha dado a través de la educación.

La crítica situación económica y laboral por la que atraviesa nuestro país y que afecta de manera tan dramática a la juventud, nos obliga a considerar la conveniencia de fortalecer la ética en la formación educativa, ampliar nuestras responsabilidades morales y acrecentar las variadas facetas críticas relacionadas y trenzadas con las múltiples disciplinas que ponen su prioridad en el conocimiento del hombre, en la reflexión cultural, en la valoración de su *habitus*.

Esta es una tarea que a todos concierne, pero de manera especial a los científicos sociales. Si en nuestra Universidad las Ciencias Sociales y Humanidades no contribuyen a sensibilizar en el estudiante las dimensiones del dolor humano, poco podemos cosechar en favor de quienes buscamos alcanzar la armonía social y evitar enfrentamientos y confrontaciones estériles.



Soy consciente de que se trata de una tarea permanente, acuciosa y de largo plazo. Más allá de cualquier consideración, es inobjetable que los estudios humanísticos son los que ponen al mundo detrás de las ideas. La curiosidad científica impulsa y propicia la innovación.

Una función prioritaria de la universidad pública y de nosotros, maestros y alumnos que formamos parte de esta comunidad, consiste en entender la realidad social, en reflexionar sobre sus valores y complejidades, sin otro fin que contribuir a superar las condiciones adversas al desarrollo social y a fortalecer las virtuosas.

En momentos de crisis los vociferantes son mayoría y muy pocas las voces reflexivas, las que usan el razonamiento crítico antes de enrolarse en aventuras de final desconocido. Los universitarios debemos mantener consciencia, en todo tiempo y circunstancia, de que hemos sido formados, no para el silencio ni el escapismo, sino para la acción reflexiva y comprometida.

En circunstancias difíciles, debemos partir de planteamientos honestos y objetivos, que pongan las cosas en una perspectiva real, o corremos el riesgo de no ser capaces de trazar los caminos que aconseja la sensatez para encontrar soluciones pertinentes, justas y legítimas.

Cualquier otra conducta, que se antoja inconcebible, nos limitará en la posibilidad de evitar que, por encima del interés de todos, prevalezcan componendas bastardas más proclives a ahondar la crisis que a dar respuesta a los problemas que socavan la estructura social.



No es tiempo propicio para encumbrarse en nuestra atalaya personal. La gravedad de la situación, todavía en peligrosa latencia, nos exige asumir una posición responsable, acorde con las enseñanzas axiológicas que generosamente nos ha aportado nuestra Universidad.

Recuerdo, señor Rector General, que cuando usted tomó posesión del honroso puesto que desempeña, habló de un pacto por la juventud o mejor, diría yo, un pacto con los jóvenes.

Un acuerdo que nos permita recuperar a la juventud mexicana, reintegrarla a las tareas cotidianas en las que se construye la patria. Darles tribunas, escucharlos, no desde la calle sino desde trincheras compartidas.

Parece que hemos dejado a los jóvenes fuera de la agenda. Los tomamos en cuenta solamente cuando se lanzan a la protesta callejera, en contraposición a una actitud que se caracteriza por la indiferencia y el desgano, cuando no por la represión.

Les hemos inculcado los valores democráticos, pero les dificultamos su ejercicio. Como no los escuchamos, establecen un proceso de comunicación entre pares. Sólo entre ellos dialogan y se escuchan y, en consecuencia, ignoramos la naturaleza real de sus inquietudes y demandas.

Hoy se habla mucho del diálogo socializador, pero lamentablemente practicamos un diálogo condicionado, impertinente, con exigencias y soluciones elaboradas previamente.

Olvidamos que el diálogo es convocatoria, búsqueda de consensos, llamado a las partes para que de manera conjunta concilien acuerdos y construyan



compromisos. El arte de la política consiste en definir “el qué me das y el qué te doy, para ver qué podemos lograr”. Yo creo que la política es la gran ausente en nuestra actividad diaria.

A partir de la mercantilización de la sociedad, del desarrollo de las prácticas consumistas, de las sociedades en las cuales la competencia por sobrevivir es cada vez más importante, se carece de una orientación objetiva para los jóvenes egresados, un mensaje de aliento, realista, que de apertura a la esperanza y a la autoafirmación de los valores aprendidos en la Universidad, valores que se traducen en paradigmas sociales.

A los jóvenes de todas las edades les digo: déjense guiar pero no empujar. Su futuro está en juego ahora, constrúyanlo con responsabilidad y generosidad.

A los profesores de mi generación les pido recordar nuestras luchas por un país construido sobre una sociedad más igualitaria.

A los colegas que hoy tienen bajo su responsabilidad satisfacer las ansias juveniles, les pido no desesperar, la fraternidad recompone el espíritu.

A los estudiantes, mentes ávidas de conocimiento, los invito a no dejar para mañana la libertad de ser, de crecer y de pensar, ustedes son la razón que habita en los murales de Orozco y palpita en las palabras de **Enrique Díaz de León**.

Señor Rector General de la Universidad de Guadalajara, maestro **Tonatiuh Bravo Padilla**,

Señores integrantes del Consejo General Universitario,



Señor Rector del Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades,
doctor **Héctor Raúl Solís Gadea**,

Señores integrantes del Consejo del Centro Universitario de Ciencias
Sociales y Humanidades,

Con pasión asumí mi formación universitaria...

Con la misma pasión con la que aprendí, me dediqué a enseñar...

Bien han valido la pena los cincuenta y tantos apasionados años que he
vivido en la Universidad de Guadalajara...

En estos momentos en que cavilo sobre la vida, permítanme recordar a
Ernesto Sábato: “El hombre sólo cabe en la utopía y sólo vale la pena vivir
lo que se hace con pasión...”

Con la profunda emoción que me produce la distinción de que hoy me
hacen objeto, les digo ¡Gracias, muchas gracias!

Y extendiendo mis brazos para afirmar que con la pasión todo se vuelve
esperanza ¡y yo la tengo en los jóvenes que egresan de nuestra Universidad!